

2110 LA ARGENTINA DEL TERCER CENTENARIO



Colección Biblioteca Popular del BICENTENARIO

conabip

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Secretaría de Cultura
Presidencia de la Nación



200 AÑOS BICENTENARIO ARGENTINO

Autoridades

Presidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Secretario de Cultura de la Nación

Jorge Coscia

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Presidenta

Lic. María del Carmen Bianchi

Secretario

Lic. Martín Cáneva

Vocales

Ángela Signes

Gladys del Carmen Cisterna

Sonia Annabel González

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Ayacucho 1578 (C1112AAB) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

4511-6275 | 4511-6276 | 0-800-444-0068 | www.conabip.gob.ar

★ 2110 ★
LA
ARGENTINA
DEL
TERCER
CENTENARIO



Colección Biblioteca Popular
del BICENTENARIO

conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Secretaría de
Cultura
Presidencia de la Nación



200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO

2110 : la Argentina del Tercer Centenario / con prólogo de Ricardo Piglia. - 1ra ed. -
Buenos Aires : Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, 2010.
168 p. ; 28x20 cm. - (Biblioteca Popular. Bicentenario)

ISBN 978-987-1696-05-5

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Piglia, Ricardo, prolog.
CDD A863

Libro de distribución gratuita

Coordinación general:

María Julia Magistratti

Coordinación editorial:

Esteban Gutiérrez

Diseño y diagramación:

Laura Rovito

Ilustraciones:

Pablo Bernasconi

Colaboraron especialmente con esta edición:

María Laura Ferrá, Mayte Gualdoni, Silvana Lánchez, Paola Toriano, Lorena Vega, Alejandra Mendé, Jorge Ribelli, Agustín Moretti, Giselle Furlong, Cecilia Vaillant, Fernando Pérez, Ignacio Riccardi, Adriana Hidalgo Editora y Fundación El Libro.

Obra Registrada en la Dirección Nacional
de Derechos de Autor Ley 11.723

ISBN: 978-987-1696-05-5

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.

Índice

Presentación	7
Prólogo de Ricardo Piglia	11
2110: la Argentina del Tercer Centenario	
Jorge Accame / <i>Lombok</i>	23
Ariel Bermani / <i>Nombres de Calles</i>	29
Oliverio Coelho / <i>El traidor</i>	33
Marcelo Cohen / <i>Fanni, Myra y el sociólogo</i>	41
Pablo De Santis / <i>El intercesor</i>	47
Jorge Di Paola / <i>El arte del espectáculo</i>	53
Juan Forn / <i>Así</i>	61
Elvio E. Gandolfo / <i>Pegando la vuelta</i>	65
Angélica Gorodischer / <i>Un domingo de verano</i>	71
Daniel Guebel / <i>El sentido de la patria</i>	79
Luis Gusmán / <i>Los bomberitos</i>	85
Juan Diego Incardona / <i>Viaje al fin del conurbano</i>	93
Federico Jeanmaire / <i>San Carlos</i>	99
Martín Kohan / <i>Argirópolis</i>	105
Alberto Laiseca / <i>Argentina: tercer centenario</i>	111
Guillermo Martínez / <i>Infierno grande</i>	117
María Moreno / <i>El parto</i>	125
Sergio Olguín / <i>Pasko y Julietta</i>	135
Claudia Piñeiro / <i>La trescientos noventa</i>	143
Federico Romani / <i>Fases del invierno</i>	153
Sara Rosenberg / <i>Garúa</i>	163



Una soberana nube cuelga a baja altura sobre la fronda del Parque Arcádico. Es voluble en sus grises, es artificial, y a veces se descarga en lloviznas que vuelven la vegetación más verde y más brumosa, como una idea demasiado fresca para aceptarla del todo. Más arriba, indiferente, el sol descascara los edificios que rodean las seis manzanas del Parque.

Empieza el verano en el hemisferio sur. Hace bastante calor. La variada decrepitud de los edificios indica la suerte mala o aceptable de unos comerciantes que en este momento no están, porque son las tres de una tarde de sábado. En las altas oficinas comerciales, carteles en manchú, yiddish, esloveno, árabe, finés, aymara y español se suceden como vestigios de empresas no del todo caducas. Por la embalsamada calle Pasteur dos chicas se acercan a la frontera del Parque Arcádico. Visten bermudas de vinilo y remeras reflectantes contra el sol. Caminan mordisqueando heladonios de kachú, indecisas entre la languidez desgarbada y el fastidio vivaz. Pueden tener dieciséis años. Pongamos que una se llama Myra y la otra Fanni; es lo de menos para mí, que las conozco bien porque soy sociólogo.

Véanlas allí en la vereda del parque, debatiendo algo. Se tocan mutuamente las barrigas con dedos regañones. Resoplan o ríen. La inapetente curiosidad de jóvenes de hoy se les irradia en múltiples direcciones. Un pequeño turbotaxi que pasa al ralentí las envuelve en una estela de polvo fétido y el piropo guaso del chofer. El vendedor automático de abanicos murmura su reclamo en coplas mal rimadas. Las chicas parpadean. Por la explanada entran al parque ancianos vivarachos, inmigrantes taciturnos, periodistas o brokers adictos al ensueño, padres recientes, gente confiada en que el deseo natural los libere por un rato del yugo de la cultura. Hay en la humedad de la fronda una pulsación grave y algo coactiva, como si el alma del Parque llamara a los paseantes advirtiéndoles que si no entran reventará contra la calle.

A las chicas nada les parece entretenido ni comprensible. Están mirando a una patota de haraganes, no mucho mayores que ellas, que a diez metros de mi cabina tienen acorralado a un gatito que merodeaba el parque. Le escupen licor, lo azuzan con patadas y uno ya está ajustando el voltímetro de un lanzagujas eléctrico. Las caras les chorrean un desmesurado sudor de gula. El gato callejero, esa criatura que no se ha logrado reproducir en laboratorio, es letal cuando se enfurece, pero las uñas parvas de este gatito pardo aún no dan demasiado miedo. Los brutos bailotean.

No lejos de ellos está el guardia blindado. Firme en su reciedumbre, el tipo duda de que haya en la actitud de los muchachos un mal juzgable. Bajo el uniforme negro, dos capas de polímeros le cubren una interface que integra visión, comunicación y capacidad de fuego. Injertada a la sien derecha lleva una computadora de apoyo para análisis de situaciones y planificación táctica, y ahora, acomodándose el armamento, el guardia delibera internamente. No ha costado barato ese hombre, como para que intervenga por una fruslería. Los atorrantes ya han ensartado al gatito en una aguja y le asestan una descarga de ochocientos voltios. Cuando mi abuelo era joven se creía que muchos pobres violentos eran criminales; hoy un guardia no considera que estos muchachotes bien vestidos estén cometiendo un delito. Son simples Pepolos, criaturas de placer sin límites, hijos de una rigurosa educación en la Perversidad Polimorfa. Los estudios sociológicos me han enseñado que el Pervopolimorfismo no es una corriente clandestina ni una facción de ricachones; es una opción comunitaria como otras de nuestro siglo; una creencia, una vía a la felicidad por el gozo inmediato sin prejuicios. Un guardia democrático como éste carece de información para reprimir a unos pibes cuyo cuerpo caótico disfruta entero con el sufrimiento de un animalito. Los pepolos son fanáticos de la danza. Bailan tan bien que les basta admirarse mutuamente, o cada cual a sí mismo, razón por la cual a chicas como Myra y Fanni el baile ha empezado a repugnarlas, a tal punto que odian a los pepolos con un odio que no pueden argumentar claramente. Mientras, tres pepolos se empujan por recoger al animalito desmayado. Yo he visto escenas así y sé que se avecina algo muy desagradable. Fanni le gritaría al guardia que les dé un mamporro pero la inseguridad la paraliza. Myra va a entrar en trance, imposible saber si de furia o fascinación. Fanni la arrastra del brazo. Pagan el ticket y entran en el Parque Arcádico. Qué otra cosa van a hacer dos chicas como ellas un sábado a la tarde. Yo, que nunca dejo de estudiar, les sigo los pasos por el pantallátor de la cabina.

O sea que allá van por la mullida grama del parque, descalzas como aconseja el reglamento. El Parque Arcádico es un espacio sin sendas, sin canteros, sin cubos para papeles ni juegos para niños: una vaga extensión de hierba que parece silvestre, amenamente umbría de arrayanes, castaños, bojés y ebalnos, humedecida por la nube, vigorizada por una red de haces de fotosíntesis. Las chicas pasean entre matas de agracejos. Canta un sinsonte. Hay un exagerado aroma a romero. Sobran algunas gotas rocío. Y a cincuenta metros de la calle el parque ya es una foresta idílica donde una mínima imaginación basta para alucinar, no digamos un rebaño de cabras, pero sin duda un cervatillo. Y las chicas ven un cervatillo, en efecto.

Yo no aseguraría que es eléctrico porque hay ahí dentro animales de verdad, cierto que un poco mustios. Cuando la gran superficie comercial que dominaba el barrio del Once terminó de venirse abajo, ni a nuestro

macilento estado ni a los empresarios les costó recaudar óbolos para cubrir el terreno con barro del río. Eran tiempos de espiritualismo. Los espiritualistas, una fuerza impetuosa y estricta, pusieron la planificación, el gusto bucólico, la lírica y el dinero para el surtido vegetal y la fauna de un Parque Arcádico, y el parque fue un primor. Entonces creímos que se había clausurado la era de lo material. Pero los espiritualistas son volubles y pronto se cansaron de abandonar sus barrios de montaña para venir a la ciudad a ver árboles. Por eso ahora nadie sabe si el Parque Arcádico, abandonado como está, es un museo del edén perdido o una trampa del mal; hay muy pocos que tengan el saber moral específico para decidirlo. Y sin embargo bastantes porteños vienen a solazarse un rato, y compartir vino y queso, en un bosque que prefigura la cortesía, la pureza, la virtud y las prudentes pasiones de una edad áurea futura que no hace falta anhelar, ya que está aquí. Vean si no esa lograda ardilla que se las ingenia para roer una bellota. Vean a la enfermera de licencia que se ha disfrazado de pastora y provoca a un señor lavándose en el arroyo. Myra y Fanni pasean por ahí buscando no esgunfiarse mucho. También buscan respuestas, no se crea. Son chicas conflictuadas, padecen sus titubeos. Vienen al parque a ver si la decorativa atmósfera de jovialidad las orienta un poco.

¿Qué tienen para elegir? Ahí está el Otero de los Poseídos, donde los amantes melancólicos clavan en las hayas versos que a lo mejor no leerá nadie. Está el Prado de las Revelaciones, donde imágenes de la diosa Rósalin LaSeda murmura parábolas pastoriles. Está el área llamada Sueño de Verano, un rincón con fama de libertinaje donde se ve mucha guirnalda de flores, algún fauno contratado, un mercado flojo de intercambio de parejas.

Está el Lugar del Sueño de la Razón. Allí, dicen, matas de adormidera y cañamo fuerzan en el durmiente unos monstruos que son el reverso del pensamiento honrado. Se ven con claridad, los espectros, y la experiencia es impresionante, pero las chicas prefieren no internarse porque está claro que antes de soñar ahí algo monstruoso hay que haber entrado en razón; y lo que menos les gusta a las chicas es confirmar que aún son pobres de espíritu.

Confinadas en su adolescencia, Myra y Fanni procuran abandonarse al ambiente y en cierto modo se distraen. Reverbera la luz entre el follaje, como un chisporroteo de corazones exaltados, y en los claroscuros flotan olores a heno y sudor, y sonos de ocarina y bordoneo de abejorros. Con todo esto los sentidos se alteran, y uno oye con la vista y huele con el oído. El conjunto es aceptablemente perturbador si lo que se persigue es, digamos, rasparle el óxido a la mente. Pero como nuestras chicas tienen la mente impecable, lo que deciden es ir al cine, ese arte envejecido que incita a pensar contando historias emotivas. El tugurio azul del cinematógrafo está en un rincón selvático del parque. Las chicas entran.

En la sala bilateral titilan las dos pantallas. El giro autónomo de las butacas obliga a mirarlas alternativamente, con una voluntad de complemento y síntesis que sólo los cinéfilos disfrutan como cabe. Esta tarde, la película dramática trata de una bella ejecutiva que sólo ama su éxito; de pronto, en un solo día, el marido la deja acusándola de egoísta y la empresa la despide tachándola de manipuladora; cuando baja a la calle en el ascensor, oye a un viejo mencionar una cifra; aturdida, ella juega a la lotería y gana una fortuna; pero un ataque de superstición le impide usar la plata hasta no recompensar al viejo que sin quererlo le dio suerte; sucesivas complicaciones, o la coraza ética de ese hombre que no se deja manipular, le impiden una y otra vez saldar la deuda, y en ese fracaso repetido la mujer empieza a volverse dócil y atenta. La otra película, una comedia de terror, trata de un matrimonio medio que compra un juego de simulación para el ocio; conectados juntos en la cama, se hunden en la experiencia virtual de que uno de los dos se reduzca de tamaño; como no se sabe a cuál le toca achicarse cada vez, ni cuánto, la historia abunda en enredos sensuales y planos físicos inquietantes; hasta que la afición compulsiva al juego sume al matrimonio en una pesadilla de estrategias de la cual sólo lo redime el sorpresivo embarazo de la mujer; aunque no del todo, porque no se sabe en qué escala nacerá el hijo.

Dos sesiones seguidas del espectáculo permiten a Fanni y Myra pasar bien la parte más anodina del sábado. En las arboledas del parque, el balanceo de las ramas ya desata en la concurrencia moderados éxtasis naturales y una lujuria de atardecer. Las chicas, mareadas, se aplican a la tarea agobiante de establecer relaciones entre las películas, convencidas de que algún concepto obtendrán para situarse en los asuntos no menos enmarañados de la realidad. Caminan calladas. Si algo les encanta del cine es esa pizca de desasosiego que las obligará a volver. Salen del parque satisfechas.

Pero en la acera la banda de Pepolos sigue torturando al gatito. Puede que sea otro, porque ha pasado un buen rato, pero en todo caso, al sol tórrido del crepúsculo, la nube humidificante se vuelve roja como un hígado mal cocido, como el pellejo ensangrentado del bicho entre las manos de los pepolos, y el pensamiento de las chicas se enardece. Los visitantes del Parque se hacen los distraídos. El guardia no se inmuta. Las chicas buscan un alegato y en un paroxismo de desconcierto reparan en la Cabina de Asistencia Anímica. Entonces vienen a desahogarse conmigo.

¿Qué tónico puede ofrecer un sociólogo a estas almitas, aparte de un poco de té con hielo? El municipio me paga por instruir conciencias pero, después de tanto conversar con los porteños, ni las cartillas de terapia rápida ni los manuales de sociología me sirven para otra cosa que para relativizarlo todo. Y yo querría tener convicciones fuertes; porque las chicas, agitadísimas, me acribillan a preguntas. Me interpelan, como si yo

tuviera autoridad o conociera una ley. Fuera, los pepolos están rociando al bicho con kerosene. Yo digo: presumiblemente, chicas, ustedes pensarán que esa situación no se justifica. Pero su reacción, la de ustedes, ¿es una respuesta a algo real, por ejemplo *lo malo*, o es mero resultado de un temperamento particular? Piensen, muchachas: ¿en virtud de qué máxima general cabe asegurar que ciertas conductas son más recomendables que otras? En la naturaleza no hay máximas, ¿verdad? ¿Podemos condenar a la avispa que pica a nuestro vecino? ¿Y el cachetazo que la mata?

Etcétera. Hablo y hablo con tal frenesí que tardeo un rato en darme cuenta de que Fanni, y detrás de ella Myra, ha corrido hasta los pepolos y les está gritando *Paren de una vez, cretinos, eso es una porquería*, e intenta arrebatarles el cadáver del bicho y, como no lo consigue, y ellos se le echan encima, de una sola, exquisita y seca patada de kogue-ten manda a tres mequetrefes de jeta a las baldosas. Ja. Yo bebo mi té de un saque, también, como si el saber discursivo me hubiera puesto frente a su borrosa justificación. Ahora se ha armado una trifulca grandiosa. Torpes para la lucha como son ágiles para el baile, los pepolos no logran sujetar a las chicas. En cambio sí las atrapa el guardia de seguridad, que, como bien sé, acaba de consultar su analizadora de situaciones y se cree justificado para actuar.

El guardia mide dos metros veinte. Las prótesis que le rematan los brazos agarran a las chicas por el pescuezo, una de cada lado, y las sostienen en el aire como si fueran elásticas bolsitas de mercado. Aprovechando el estupor, yo me deslizo a recoger al bicho muerto, que es efectivamente un gato. Ya lo enterraré; también de eso puede ocuparse un sociólogo. Mientras, el Parque Arcádico recibe la noche y exhala una sencilla bienaventuranza. Los pepolos se ríen, defraudados. Yo busco en el animal muerto una definición irrefutable del mal. Las chicas cuelgan de los dedos del guardia, pataleando, ruborizadas de rabia, pugnando por articular lo que el cine puede haberles dado, aunque a salvo ya del aburrimiento sabatino. Creo que podemos dejarlas así, de momento, como al fin de la primera etapa de un aprendizaje que será largo, no dudo, y váyase a saber si se completa.